

## El desperfecto

Terminé de picar la cebolla y guardé la mitad que había sobrado debajo de la mesada. Las puertas blancas del armario cedieron con un empujoncito hacia afuera, que me hizo retroceder unos pasos. Había un desorden inquietante, como si la desidia hubiese dispuesto que el aceite y el amoníaco, las papas y el tacho de basura pudieran convivir en perfecta armonía. La madera del único estante se había ensanchado por una pérdida minúscula que nunca me decidía a reparar, y comenzaba a doblarse. Bien al fondo, detrás del colador y de unas ollas, vi una mancha en la pared. Pensé que se trataba de uno de esos lamparones de humedad, que esconden un caño roto y semanas de arreglos. Cerré el armario y eché la cebolla picada en el sartén. Me saltaron unas gotas de aceite en el brazo pero no sentí la quemazón de otras veces.

Comí de parado en la cocina, algo que no hacía desde los primeros días de la mudanza, cuando no tenía mesa, ni sillas, ni nada. Me distraje haciendo cuentas, desde las más apremiantes a las más triviales y, como de costumbre, no llegué a ningún resultado. Un poco porque la matemática de las cosas es fiel a sí misma e inexacta, y otro tanto porque descubrí tres cucarachas diminutas sobre los restos de salsa. Eran de esas que no asustan, ni tienen reflejos prodigiosos. Podía matarlas fácilmente. Pero me quedé quieto, la vista fija en el plato, perplejo del límite al que había llegado mi abandono.

Las cucarachas no estaban por ningún lado cuando volví de atender el teléfono. Mi hermano llamaba para pedirme plata y contarme que la situación con su mujer se había vuelto insostenible. No sé en qué orden dijo qué, pero supongo que primero habló de su crisis matrimonial para que me apiade y abra en dos mi corazón y la billetera. Hubiera hecho lo segundo de todas formas, ahorrándole una confidencia sobre la que ambos preferiríamos no ahondar. Su relación con Mónica pendía de un hilo casi desde el comienzo. Sin embargo, estuvieron cinco años de novios, a pura pelea y portazos, llamadas de reconciliación a deshora, treguas infantiles que los involucraban cada vez más en un plan de dos. Hasta que un día se casaron. Es inútil que entre en detalles. Intuyo que él no querría escuchar una opinión mía acerca de su pareja. Aproveché, en cambio, para

preguntarle cómo podía quitar una mancha de humedad sin hacer un buraco en la pared. Me habló de un método muy caro, que lo aplicaban muy pocos tipos en capital y que él conocía a uno. Consistía en auscultar la zona húmeda y, una vez ubicado el desperfecto, punzar con una suerte de tubo que inyectaba cemento y solidificaba la pérdida de adentro hacia afuera. Sonaba descabellado pero era mejor creerle que imaginar el piso de la cocina con una capa imperceptible de arenilla, el agua cayendo a borbotones por los muebles, inundando el living.

Cerca de las tres de la tarde, Mariano tocó el timbre. Lo recibí con un café humeante, recalentado, que aceptó como si fuera un vodka ruso. Se ve que pedirme plata lo ponía en la obligación de agradecer exageradamente cada gesto pero, a la vez, esquivaba el tema.

—¿Cuánto precisás? —dije para terminar el trámite.

—No sé, lo que puedas. Doscientos... trescientos...

—¿Trescientos está bien?

—Perfecto. Muchas gracias, muchas gracias —repitió varias veces en voz baja.

Le di el sobre que había preparado la noche anterior y me senté enfrente de él. Me pareció que buscaba un reloj en las paredes y le pregunté si tenía que irse a algún lado.

—No. —dijo. —Pasa que hoy Mónica se encontraba con unas amigas y vuelve a casa a eso de las siete.

—¿Y qué apuro hay? Son apenas las tres.

—Es que... —se interrumpió.

Con una mano hizo crujir los dedos de la otra y de un giro brusco se sonó el cuello. Volvió a mirar hacia arriba y supe que, más que la hora, buscaba la manera de decirme algo.

—Yo no te conté nada pero desde hace un tiempo estoy saliendo con otra mina, una alumna de la facultad. A vos te encantaría...

—¿Cuánto hace de esto?

—Cerca de tres meses. Sí, tres meses. No, cuatro.

—¿Y la ves seguido?

—Al principio, no, porque el problema es que ella tiene novio y el chico también estudia ahí. Lo tuve el año pasado. Pero ahora la cosa se nos fue de las manos. Esta guita que te pido es para hacerle un regalo...

Mariano no me miraba y a mí por dentro me brotaba una risa. Es absurdo lo solemnes que podemos ser los hermanos. Le costaba admitir que una pasión hubiera entrado en su vida sin aviso y desacomodase las piezas que con tanto esfuerzo había ordenado a través de los años. Su mundo, pequeño y autosuficiente como una mano, parecía escurrírsele entre los dedos.

—Mirá, Mariano —me salió esa voz grave, entrecortada, de cuando hablo en serio—, con la plata hacé lo que quieras. No me importa para qué la querés. El tema acá es otro.

—Pensé en separarme —dijo. —Pero me di cuenta que no es la solución. Cuando vivís con una mujer, entran en juego otras cosas... además...

Había llegado a ese punto sin retorno de las conversaciones, donde hablar asfixia tanto como quedarse callado. Cuando nuestras miradas se cruzaban en silencio, él arqueaba las cejas o se encogía de hombros en señal de resignación. Estar con otra mujer no le ocasionaba ningún conflicto con Mónica, sino el de traicionar alguna convicción personal, recóndita, sobre la que su cabeza hacía pie. Calculo que debería sentir con el cuerpo lo ingrato de saber que nada es gratuito, que uno se enreda con personas y no con situaciones, aunque muchas veces pensar lo contrario alivia.

—¿Te muestro lo de la cocina?

—Claro —asintió, incorporándose.

Abrió las puertas del armario y sacó afuera, meticulosamente, de a uno por vez, los productos de limpieza, el tacho de basura, las papas y las ollas. Después se acostó en el piso y metió la mitad del torso dentro del mueble.

—Está jodido —escuché que decía.

Asomó la cabeza y me ofreció, como prueba inapelable, los dedos impregnados de una gelatina negra, viscosa.

—No sé que hay ahí, pero seguro no es una mancha de humedad.

—¿Y qué puede ser?

—Ni idea.

Se levantó del piso con cuidado de no tocar nada.

–Llamálo al tipo este del que te hablé –sugirió en tono de pregunta. –Yo tengo el número en casa.

Mientras se lavaba las manos con detergente, aproveché para guardar las cosas. No quise mirar mucho, pero me pareció que la mancha de ayer era un bultito negro ahora.

Trabajar en una empresa es como ir a la guerra: uno no sabe si va a volver entero a casa. Hay saludos automáticos, de reconocimiento del rango o la presencia, y poco tiempo para los lamentos si ocurre alguna baja. Además cuesta distinguir si detrás de los escritorios se apostea uno de los nuestros, un enemigo secreto o un doble agente. Las relaciones se sostienen por una cordial y civilizada paranoia, donde todos quieren hurgar en la intimidad de los otros, aparentando un interés real que es alimento de posteriores habladurías.

Durante un tiempo, Alicia fue la única excepción a esta ley cívica en la agencia. Y digo “durante un tiempo” porque más tarde me ganó el rencor inofensivo del que se siente injustamente desplazado. Nunca conversaba con sus compañeros más de lo tolerable; y en sus palabras, emitidas a regañadientes, se adivinaba una delicadeza fuera de lo común. Parecía darle lo mismo que la agencia cerrara o triplicase las ventas. Su vida pasaba por otro lado, aunque nunca supe bien por dónde. Esa intriga irresuelta hasta hoy y algunas banalidades decisivas, como ver las mismas películas, grabarnos música, nos convirtieron en cómplices por puro gusto.

Resistíamos las obligaciones con encuentros fugaces en la máquina de café, intercambios de discos y largas discusiones sobre los últimos estrenos. Sólo buscábamos seducirnos y era evidente que nos divertíamos mucho juntos. Nos besamos por primera vez una tarde a la salida del trabajo. Esa misma noche dormí en su cama. Un acto felizmente repetido –con variantes, por suerte– hasta el jueves pasado por la noche, en que nos vimos por última vez fuera del horario de rigor.

–Quiero hablar con vos – me tiró este lunes camino de la máquina. Antes de que pudiera reaccionar, dijo: –Volvió de viaje.

Con cuánta sutileza la muy turra me ponía en aviso, sin mencionarlo, de que su novio estaba de nuevo entre nosotros. Su regreso la implicaba más

de lo que había previsto. Levanté la vista mientras metía las monedas, autómata por el impacto de la noticia.

—¿Y? —sonreí. —¿Cómo le fue?

—Pelotudo —dijo entredientes y se alejó.

No pude concentrarme en el resto del día. La vuelta a casa de su hombre me confirmaba como un pasatiempo, una escena recortada en la versión final de su relato, una locura del director.

A la tarde, nos hicimos un espacio para hablar y me explicó que prefería que cada uno siguiera por su lado. Me contuve de preguntarle por cuál. Después, cuando le conté los arreglos y desarreglos del fin de semana, se mostró tan atenta y cariñosa que tomé su interés como un consuelo y un cierre para mis ilusiones con ella.

—¿Así que conocés a la amante de tu hermano?

—No sé si la conozco en realidad. Creo que es la novia del hermano de un conocido.

—La novia del hermano... —reconstruyó la cadena en el aire, uniendo los eslabones con su mano larga y flaca. —¡Qué increíble!

—No te creas, esas cosas pasan.

Se quedó callada unos segundos y me miró a los ojos.

—No se lo dijiste a nadie, ¿no?

—Quedáte tranquila.

Encontré dos mensajes en el contestador: el primero de una tal Mercedes Cárdenas, telemarketer de algún banco, que me trataba de señor, pronunciaba mal mi apellido y me ofrecía un servicio inigualable en ventajas; el segundo era de mi hermano. Dejaba el teléfono que me había prometido. El contestador volvió a cero y decidí retribuirle el llamado.

—Mariano no está. —atendió Mónica. —Tiene reunión de cátedra hasta tarde. Le aviso que llamaste.

Su descortesía habitual se volvió telegrama. ¿Sabría ella, como imaginaba yo, que la reunión era una farsa? ¿Habría empezado a sospechar ya de la agenda completa de mi hermano, en otro tiempo un blanco de ocio? Sin duda, no. Aunque, sí, comenzaba a adueñarse de la tristeza sorda que nace en las parejas cuando uno de los dos está en otra parte, apostando su

fracaso al vértigo de algo nuevo. Vi los bolsillos del saco de Mariano desbordados de papelitos comprometedores y argumentos para escapar de su casa y sentir, en una cogida intensa, esa libertad de doble fondo que trae el engañarse a uno mismo.

–Le hicimos algunos arreglos a su hermano... – se presentó Leopoldo Fassari (hijo), estrechándome la mano, como si la mención de ese hecho nos volviera menos extraños. Le aclaré que él mismo me los había recomendado como profesionales muy serios. No sé por qué dije eso pero Leopoldo Fassari (hijo) se mostró muy complacido y me confió que la empresa de su padre conservaba los mismos clientes “hace años”. Incluso se despachó con una teoría, muy a tono con la época, sobre “el papel fundamental que *hoy día* (subrayó hoy día) el cliente juega en una empresa, por más chica que sea”.

Quiso saber a qué me dedicaba y por qué lo había citado, todo al mismo tiempo. Le expliqué que trabajaba en una agencia, que con eso me ganaba la vida y repetí la misma frase que había usado en nuestra charla telefónica.

–Hay algo extraño en la cocina, debajo de la mesada.

–Algo extraño... –frunció el labio hacia un costado. –¿Algo extraño? –, se rió. –A veces la gente que no sabe de esto, y conste que no lo digo por usted, encuentra una falla que para nosotros es cosa de todos los días y se imaginan lo peor, creen que...

–Fassari –su nombre en mis labios sonó como un insulto. –¿Pasamos a la cocina?

–¿Dónde tiene un baño?– dijo.

–La segunda puerta de este lado.

Volvió metido dentro de un overol verde botella. Debajo de una máscara de oxígeno, podían verse las cejas peludas, los ojos y la mitad del tabique. Con la mano enguantada, me indicó que lo siguiera hasta la cocina. Cuando lo tuve de espaldas, noté que cargaba una mochila de acrílico transparente con dos tubos de cemento. Se agachó de pronto, con la plasticidad de una langosta, y olfateó arrodillado las puertas del armario a través del visor. Dio otro salto, esta vez hacia arriba, y quedó en cuclillas. Puso su brazo sobre el marco de la puerta y esperó unos segundos. Abrió

de un tirón. Una estampida de papas y ollas salió del armario con tal impulso que se descascaró un azulejo en la pared de enfrente. De la olla más pequeña, huyó desorientada y a toda velocidad una cucarachita negra. Fassari (hijo) miraba hacia el interior del mueble, desencajado. Detrás del plástico empañado, sus ojos sudaban como un huevo pasado por agua.

–En principio, lo mejor sería aplicar una inyección –murmuró mientras se quitaba la máscara.

–¿Y qué me garantiza?

–No mucho. Mire lo que es esto.

Me acerqué hasta la puerta abierta y me puse a la altura de Fassari, sosteniéndome en su hombro. El traje era de un material irreconocible: resbaloso como el látex lubricado, seco como una rompevientos. Una especie de rodilla rota había brotado de la pared y pujaba por salir fuera del armario. Metí la mano y la saqué bruscamente, apenas mis dedos se hundieron en esa bola de grasa. Me quedaron pegados entre sí, recubiertos de una pasta oscura con la consistencia de la cera caliente. En un solo movimiento, Fassari me hizo a un lado y de un pinchazo vació un tubo de cemento en el centro de la bola. Cerró la puerta con violencia.

–Ahora hay que esperar.

En el living, más distendido, se largó con los detalles.

–Un caño roto no es, porque si no, ya habría explotado. Puede ser una soltura de humus, que viene a ser una bacteria aparentemente inofensiva que segregan las paredes en lugares muy húmedos, como cañerías, rejillas, etcétera. Si no se la frena a tiempo, puede producir este tipo de cosas.

Con la máscara bajo el brazo, parecía un astronauta. Se secó las comisuras de los labios, que habían acumulado dos bolitas blancas de saliva, y mostrándomelas, se excusó de darme la mano. El chiste me costó ciento cincuenta pesos.

La noche del jueves llegué a casa rendido, hastiado de mi suerte. Para peor, cuando entré, lo primero que vi fue la factura de las expensas que el portero o su hija habían deslizado por debajo de la puerta de mi departamento y de los otros quince del edificio. Pensé en distenderme con un libro y descarté uno de cuentos que me habían prestado. Tenía un título

horrible y no me parecieron mejores las primeras páginas de uno de los relatos; una alegoría sosa sobre la historia reciente del país, en la que había malos de uniforme y buenos de civil, palabras falsas y verdaderas, ningún cruce entre los bandos. Era tan reduccionista que parecía escrito por uno de mis jefes.

Alicia llamó pasadas las once. Su voz aterciopelada tuvo en mí el efecto de una caricia suave y electrizante. Al comienzo, hablamos sobre el trabajo, ese territorio común, donde simpatizar con unos y rechazar a otros realzaba indirectamente nuestras afinidades; después, con alusiones y vaguedad, sobre nosotros. Como al pasar, me preguntó si valía la pena volver a vernos, sabiendo de antemano el desenlace. No supe qué responderle pero la cuestión es que vino a casa. Ahí intenté explicarle cómo me sentía con ella pero mis argumentos se interrumpían abruptamente o se bifurcaban en direcciones imprevistas. Explicar el problema era el problema en sí.

Cogimos una sola vez, casi de compromiso, y no hubo como en otros encuentros la soltura que da compartir un asalto de intimidad física. Ahora entiendo que Alicia ya no estaba ahí conmigo, pero se mantenía a distancia con la inteligencia suficiente como para hacerme creer que sólo tenía una mala noche. Tampoco yo quería ver el final. Me contó que su padre había muerto joven –un paro cardíaco en una cancha de tenis–, y que en estos días se cumplía un nuevo aniversario de su muerte. Permanecí callado, acariciándole la cabeza, quizás por ignorar lo que era sufrir una pérdida importante. Por primera vez, se quedó dormida antes que yo. Lo habría tomado como un mal presagio, si la luz del televisor no hubiera hecho resplandecer su perfil, resaltando las cejas y las pestañas que parecían terminadas con tinta china.

–Mónica sabe todo.

Mariano llegó deshecho. Me había llamado desde un teléfono público a tres cuadras de casa, ahogado de caminar sin sentido. Iba y venía por el living, gesticulando como una marioneta. Hablaba como si todavía la tuviera enfrente.

–¡Qué hija de puta!

Logré que se sentara y continuó.

–En eso suena el timbre. Sandra atiende y me dice: “Tu esposa. Quiere hablar con vos.” Bajo corriendo los dos pisos por escalera y la encuentro sentada en el escalón del palier. Me mira fijo y ahí ya está.

“–Hace tiempo que lo sé. Te dejé seguir para ver qué hacías pero si es por vos...”

–Me dio un cachetazo y se fue. Fin final.

–¿Querés un café?–, le ofrecí.

–¿No tenés alcohol?

Desde la cocina, lo escuchaba putear bajito y sonarse el cuello y los dedos compulsivamente. Asomó la cabeza por la puerta.

–Me mandó en cana alguno de la cátedra. Tal vez uno de mis ayudantes... Mónica los conoce a esos pendejos...

Me di vuelta y lo miré fijo. La cara se le arrugó y apuró el ron que le di en un vasito.

–Yo te juro que la quiero...

–¿Y la chica?

–La chica tiene novio. ¿Qué querés que haga?

–No sé.

Apartó su mirada de la mía e hizo foco en un rincón de la cocina.

–¿Qué hace todo eso ahí?

–Es provisorio –lo tranquilicé. –Vinieron los de Fassari y tuve que vaciar el armario.

–¿Puedo quedarme acá esta noche?

Hablamos un rato más en el living, mientras vaciábamos la botella de ron. Después vimos una película. Contaba la historia de un taxista que, tras una serie de humillaciones –estafas monetarias y afectivas–, entraba en crisis y cometía un crimen. La víctima era su vecino, un viejo quejoso y cizañero, que siempre le pedía que hiciera menos ruido. En una de tantas, el taxista lo hace pasar a su casa y conversa con él amablemente para llegar a un acuerdo. La charla se pone cada vez más calurosa hasta que el viejo comienza a insultarlo. Le dice que los taxistas son todos una mierda, una manga de esclavos, y que él en particular era uno de los más mediocres y miserables que había conocido. Ahí hay un corte sobre la cara del viejo: la piel finita, una vena hinchada en la frente por los gritos. La siguiente imagen

es del taxista, trasladando el cuerpo del viejo de un departamento a otro, en lo que se intuye la madrugada. Una vez adentro, lo acomoda en la cama y lo tapa. Cierra con llave, vuelve a su casa y se tira a dormir. Al día siguiente, se levanta para ir a trabajar y encuentra en el living una manopla de hierro. En ese instante, parece recordarlo todo. Guarda la manopla en el bolsillo y sale.

—¿Serías capaz de hacer eso si alguien te jode mucho?

—No creo. ¿Vos?

—Tampoco. —dijo Mariano. —Eso es lo terrible.

Pensaba en decirle “no todo se termina cuando uno quiere”, o “nada dura lo que uno desea”, pero mientras pulsaba los números en el teclado, imaginé que Alicia me diría:

—Guardate los aforismos para otro momento.

Y entonces, con algo de rabia, un impulso infantil me hacía cortar el teléfono cada vez que ella o su novio atendían.

Nos despedimos a la semana con un abrazo tibio. Lo acompañé hasta abajo y, antes de meterse en un taxi, Mariano agradeció mi hospitalidad. No había sido una buena experiencia pero su estadía me ayudó a entender que ser hermanos va más allá de vivir bajo el mismo techo. Con Mónica habían empezado a hablar de reconciliarse porque ninguno de los dos estaba listo para afrontar la separación. En su caso, era preferible un parche a la ruptura completa.

De regreso al departamento, sentí el alivio y el vacío que deja la partida de un huésped, ese desacomodo en la percepción que obliga a reconocer nuevamente la casa como propia, y a uno mismo dentro de ella. Recorrí los ambientes con el afán de comprobar si habían quedado rastros suyos, una prenda olvidada o un aparato prendido. En la cocina encontré el tarro de galletas abierto sobre la mesada, con una alfombra de migas en el fondo por la que se movía displicente una cucarachita. Reparé en que las puertas del armario, apenas entreabiertas, dejaban ver el contorno de una esfera. Las abrí de par en par y tuve ante mí una bola negra, porosa y de una redondez casi perfecta que, contra el blanco del mueble, daba el efecto de un ojo ciego y saltón. Apoyé mis manos sobre esa cosa dura y tiré hacia mi lado

con una fuerza animal. Se oyó un crujido como de hueso roto y la bola cayó contra el piso, resquebrajándose. Rodó fuera del armario y al chocar contra la pared, se deshizo en pedazos. Metí la cabeza dentro del mueble y raspé con un cuchillo hasta quitar las impurezas que impedían ver el agujero.

**FIN**